

Carta Abierta al Poeta JOSÉ LEZAMA LIMA por JORGE MAÑACH

POETA: A mi regreso a La Habana hace unos días, hallé sobre mi mesa, cargada de los recuerdos de la ausencia, un ejemplar de su último libro, titulado "La Flejeza". También encuentro el "regalo cordial" que Cintio Vitier me hace de su obra más reciente, *El hogar y el olvido*, publicada igual en esas bellas ediciones de la revista "Orígenes". Me siento divirtiéndome desde hace algunas años con heroísmo y prestigio aumos.

Primariamente volvíme ambos, sobre todo el de usted, con esa corte cortés que le gustará a usted que no diga el color en castellano, para que el adjetivo no se domesticara de masiado que lleva el nombre de usted en modestas letras blancas, como una cacería antigua o un vago rulo estelar: con una viñeta en sepia de Portocarrero, donde se conjugan una lámpara, una alfombra y un perro, con un cuadro de tripa mágica, dominando ese tranquilo misterio de la portada, el título austero de sus versos, "La Flejeza", como una negra mancha escudada.

A mi mismo tiempo, que el de Vitier he abierto y leído no poco de "ste libro ayo, al cual rítmicamente quiere referirme, y todo con un modo agradable, por el bondadoso recuerdo de usted, y con vehemente y ávida expectación. La dedicatoria de su libro me ha movido a escribir esta carta, en la condición de que si usted no se excusa si, por desventura, no piensa usted, como lo pienso yo, que también en las cuestiones de arte nos está haciendo falta densidad, para tener un poco más de ocio y franqueza. Esa deferente dedicatoria ayo dice: "Para el Dr. Jorge Mañach, a quien Orígenes registra por más cerca de su trabajo, en la revista "Orígenes" de J. Lezama Lima Agosto y 1949".

Oviamente, la generalidad de esa inscripción, que tanto avolara para mi el regalo literario, envidia, sin embargo, un reproche. Usted no me siente lo bastante cerca d la obra poética que "Orígenes" vienen haciendo y de la cual yo usted me siento el más próximo inspirador. Y como me estiman usted lo bastante para deplorarlo y ríndame reiteradamente sus libros, ninguno, de los cuales yo he leído, me siento como que puedo hacer yo es descargar mi conciencia ante usted y los demás escritores de "Orígenes" que, en distintas ocasiones y por modos más o menos directos, me han hecho patente la misma actitud a la vez de estimación y reserva.

Lo primero que yo quisiera decirle, Lezama Lima, es que escribo esta carta con el más alto respeto y la más genuina modestia. No ha de ver en ella usted ni nadie especial alguna de desestimación o de aliteración. Yo me siento descomulgado del magnífico ejemplo de devoción, de fecundidad y de austeridad que ustedes están dando en su ya abundante obra, ni mucho menos a algún otro de levitas la cartilla literaria. Están ustedes demasiado crecidos ya para eso. Le escribo precisamente por que así me puede lograr que usted me no interprete como que le estimación lo que más bien es una falta de adhesión, o si se quiere,

re, de comunidad en el modo de escribir en Cuba, pero que me da a querer y preferir la obra poética. Y para que todo esto se comprenda mejor, haré un poco de historia.

Hacia 1925 — la fecha que se va haciendo convencional para reanudar la generación literaria a que pertenecemos — empezamos a liquidar en Cuba, pero usted sabe, una rutina literaria en que los realistas del modernismo, ya en su mayor parte muy raídos, llenaban un lamentable vacío de poesía y de prosa significativas, pero se veían bastante con la fusión provinciana y oratoria que por las letras cundía. En el momento mismo en que Cuba se hallaba más libre y al parecer más madura para afirmar su personalidad literaria, había quedado relegada a comarca segunda en el mapa cultural de su continente. No había gusto fino, empuje creador, sutileza de pensamiento ni de emoción. Rezagados respetos de los modelos europeos y americanos, todo nos había sido demolido e fórmula agotada y a provincialismo, a improvisación y a poco más o menos. En el mejor de los casos, era un "marchando" donde ya se ha dormido, y desde España Eguía o de Ontenosa se produjo, bajo el nombre de "Mimamo", el despierto "Mimamo", y después mi "Revista de Avance" que ichano, Lizaso, Marinero, yo diríamos, la campaña de los literatos "guardados". De lo que se trataba era de barrer con toda aquella literatura fraudada y de estimular una producción fresca, viva, audazmente creadora, capaz de ponerse al paso con las mejores letras jóvenes de entonces. Fué una revolución — el preludio, en el orden de la sensibilidad intelectual y estética de la revolución política — y mejal que quisio venir después. Y como toda revolución, tuvo que ocurrir en exageraciones e injustas. Le negamos la vida a la agua y al bicho viviente que no compartiera nuestro credo, y el credo mismo tuvo a veces mucho de desafiado. Escaltamos lo que por entonces se sagacamos. Maristeguí, atreví a llamar "el disparate lírico", adormí a la "araspia" y el puñal autosegmental hasta el extremo de que yo escribí aque- lla escandalosa "Oda al abate de Giménez Caballero; le abrimos la puerta del sudano a toda la microbiología freudiana, pusimos por las nubes — adon! — a la por si se encaramaba — la metáfora loca, la imagen, de tres o cuatro estratos simbólicos, los adjetivos en plural, las alusiones a toda la frenética de cada tiempo, filiales diversos sin ritmo y sin rima. Tomamos muy por lo serio aquello de "Dubodro de que el poeta crea un poema de pintor un cuadro como la naturaleza de un "bol", y echamos enteramente por la borda todo lo que fuese arte re-

presentativo. Participamos del resaca de Gongora, beatificamos al Conde de Lautrémont, y a Baudelaire y a Mallarmé y a Apollinaire, hicimos la estética de lo feo y de lo inerte. Pero yo y el éxito de Mariano Brull, y de otros menos comunicativos, hice yo la apología del arte como expresión pura, del sentido poético como meca irradiación mágica de imágenes y vocablos. Mucha gente sensata nos insultó, y nosotros los insultamos de lo lindo a nuestra vez.

Ya ve usted, pues, mi querido Lezama, que yo tengo mis antecedentes penales y que estoy un poco curado de espanto en eso de la poesía sibilina. Pero voy a confesarse un secreto, del cual ya me he descargado algo en otras ocasiones: no siempre pude yo entonces asimilar todas las insensibilidades estéticas que solíamos entregarnos. En el fondo, conservaba mi fe candorosa en la poesía como idioma comunicativo y no sólo estético, y aunque yo admiraba que la mediocridad y la rutina tentan ya muy abusados todos los viejos cánones, repugnábame un poco, para mis adentros, la manera que yo solía apreciar y apetecía — por estas resabidas cosas que sin duda tengo — algún orden de la expresión capaz de asegurar el dato a la vez profundidad y claridad.

Más que una batalla estética, para mí fué todo aquello una batalla cultural, una rebelión contra la falta de curiosidad y de agilidad, contra el provincialismo, contra el desmedro imaginativo y la apatía hacia el espíritu de nuestro tiempo. Me parecía bien que la batalla pareciera al principio de todos los miramientos con tel e desalojar aquel modernismo fatigado y aquel academicismo gordo e inerte; pero abrigaba la esperanza de que una vez despejado el campo, volvieran nuestras letras más finas (las no periodísticas, las no académicas, las no universitarias, las no oratorias) a juntar en sobria disciplina la pureza, la novedad, la hondura y la claridad. Y no dejé de comprender aquella advertencia de Varona a nuestro vanguardismo: "Varona ante las nubes; ¡ya caerán!".

Fues bien: ustedes los jóvenes de "Orígenes" son, amigo Lezama, nuestros descubridores, como los pintores y escultores "nuevos" de hoy lo son de aquellos que nos ayudaron en nuestra batalla vanguardista; los Víctor Manuel, los Gattorno, los Abelá, los Siero. Si usted me reprocha a mí mi deavie respecto de ustedes, yo a mí vez podría reprocharla a ustedes su falta de descubrimiento, filial respecto de nosotros. Nos envolevamos y en el mismo alivio menorpro que entonces nosotros dedicábamos a la academia, usted se dedicó a la poesía, a la que tienen contrada con sus proponentes de la "Revista de Avan-

ce", que fuimos los primeros en traer esas gallinas de "la nueva sensibilidad". Cierzo que los más de nosotros nos hemos formado "zudo" ya mucho; apagamos los fuegos revolucionarios, escribimos como dicen que Dios manda, hasta hemos entrado en academias y ganamos premios. Eso es tan inevitable como echar abdomen después de los cuarenta años. Pero a nadie se le ocurre negar de su padre por que ya no tiene la calabetez de antaño.

Este pequeño resentimiento no es, sin embargo, lo que de ustedes me apena. Es lo suficiente de la historia literaria general para no olvidar que todas las generaciones tienden a negar a sus predecesores inmediatos, a fin de acusar por esa originalidad que el alma del artista se apasiona. Lo que me tiene en esa distancia que usted dice es más bien (deje-me a usted que se agrisgrino) una incapacidad de fructificar, muy bien puede ser un embotamiento de mi sensibilidad, pero que prefiero atribuir — y usted no me tendrá a mal — a una excesiva extralimitación de ustedes. Traté de escapar-me.

Yo los asiduamente Orígenes, como los todas sus revistas precursoras y afines de los últimos tiempos. Con la mejor voluntad me he sumido también en las páginas de los libros individuales con que ustedes me han obsequiado y en las de la Antología reciente de Cintio Vitier. Y le mentaría, amigo Lezama, si le dijere que fueran, para mí, gratas lecturas, o que así me hubiese gustado leer. No quisiera generalizar demasiado, porque más de una vez tuvo ocasión de deleitarme intensamente con los poemas de gran sugestión y fuerza lírica de usted, de Brquero, de Gazeta, de Cintio Vitier o de usted mismo, a quien todos tienen por maestro, o con alguna prueba de fines más expresivos y misterioso paisaj exterior. Adetrás, en todos los casos no he podido dejar de admirar, como quien admite una hermosa panorámica de quebradas, un hueco y otros arcos, aunque no sepa exactamente a qué viene ni de qué se ablos, la precisión de los vocablos y las imágenes, los desplazamientos de la alusión culta o lertos movimientos rítmicos imprevistos, ciertos ejemplos de prestigiosa sonoridad en el verso o en la prosa.

Pero ¿me permitirá usted poner ejemplos de su propia cosecha? En el primer poema de este libro que usted me ha enviado, después de leer esos sonetos del "coro" inicial que empezian

Son ellos, ni fusilan la sombra los envuelve. Debe educado trituran pelota los devociven. Tuncos, ser se, inclinan la vida en las piedras, o al borde de la vida, ira tacenaa jocuendes. —etcétera— de los cuales, con perdón, no entiendo ni la gráfica ni la aliteración; después de eso, digo lo como un lativo alivo en la gran tirada — canto III que empica: (Continúa en la Pág. 90)

EL ARCANO DE...

(Continuación)

Una ráfaga muere mis labios
píctos por puntos salobres
que obstinados hacían nido
en mi boca.
Una ráfaga de hiel cae
sobre el mar,
más corpulento que mi angustia
de hilaza mortal,
como gotas que fuesen pájaros
y pájaros que fuesen gotas
sobre el mar

lo cual, aunque todavía sea bastante sibilino, aunque contribuya muy poco a entregarme el misterio de esa hidrografía metafísica de su poema, siquiera tiene un sentido metafórico menos mediato y logrado con mucha energía y novedad. Pues bien, esta experiencia difícil, de momentos de fruición formal (yo todavía creo, y no por inercia retórica, en la diferencia conceptual de "fondo" y "forma" que tanto se ha dado en la flor de negar), aislados como islotes en arcanos mares espumantes de palabras—esa experiencia es, amigo Lezama, la que en general me queda de toda esta poesía de ustedes. La admiro a trechos; pero no la entiendo.

Le repito: estoy dispuesto a admitir, humildemente, que se trata de una trágica limitación de mis entendederas. No vea ironía en ello. No puedo suponer que hombres de tanta probidad intelectual y de tan limpio espíritu y acendrada cultura literaria como ustedes, se entreguen a esas elucubraciones por puro camelo, como dicen los madrileños. No me pasa siquiera por la cabeza que puedan escribir y editar con tan primorosa devoción un libro tras otro de poesía y prosa semejantes si no creyesen de veras que están haciendo arte literaria de la más genuina y rigurosa en nuestro tiempo. Pues, además, eso de ustedes se parece mucho—no he de negarlo— a lo que todavía se lee en revistas y bajo firmas muy sonadas de otras tierras. De manera que el único consuelo que me queda, puesto a echarme del todo la culpa a mí mismo, es el de saberme acompañado en mi aflicción por no poca gente de indubitable sensibilidad y afinadísima cultura, de quienes frecuentemente recibo parejo testimonio de incompreensión, aunque no se aventuren a publicarlo.

Pero también puedo muy bien ocurrir, amigo Lezama, que no sea tanto una limitación mía como una extralimitación de ustedes. También es posible que ustedes se hayan forjado un concepto de la poesía demasiado visceral, por decir así, demasiado como cosa de la mera entraña personal, ajena a la sensibilidad de los demás. De viejo es sabido que la poesía ha estado oscilando siempre entre el

polo de la expresión y el de la comunicación, y que se ha acerca más al uno o al otro según el humor de los poetas y de los tiempos. Pero en todas las épocas, hasta ésta que vivimos, el poeta se sintió en alguna medida obligado a hacer comunicable, en términos de la común experiencia y del común lenguaje, la sustancia misteriosa de sus sueños y las aventuras de su fantasía. Llevaría un espacio de que ahora no dispongo el exponer la explicación que me tengo hecha de por qué, a partir de la resaca romántica, el individualismo poético se ha ido exacerbando con el humor mayoritario de nuestro tiempo, hasta dar de sí esos excesos de expresión sibilina, en que el poeta se queda ya casi enteramente solo con su misterio.

Pero lo cierto es, Lezama, que tal va siendo el resultado. La poesía, regalo de los dioses a los hombres—que se dijo con alguna novedad hace siglos—amenaza convertirse, si esos mismos dioses generosos no bajan a remediarlo, en una simbología puramente personal, a lo sumo en un idioma de pequeñas fraternias poéticas. No es ya lo que siempre pensamos que debía ser, lo que fué en Homero y en Ovidio, en el Dante y en Garcilaso, en San Juan de la Cruz y en Bécquer y hasta en los más nobles momentos de Juan Ramón Jiménez y Neruda: una expresión, en símbolos inteligibles, de la más honda experiencia humana, sino que se va haciendo, repito, un idioma criptico de poetas para poetas... y para poetas de la propia capilla. Con lo que ocurre que, marginado por su propia soberbia expresiva, el creador poético se queda cada vez más incomunicado con el mundo que su voz debía iluminar y ennoblecer.

Créame, Lezama, que es muy vivo el pesar que me produce—velando por las dimensiones y fulgores de nuestra cultura— el ver que tanto talento literario de primer orden se esté frustrando para la gloria de nuestras letras y la edificación espiritual de nuestro medio, con semejantes ensimismamientos. Cierto es que nosotros abrimos esa vía, como antes dije; pero fué para apartarnos de la letra muerta o gastada y posibilitar el acceso a nuevos paisajes de expresión y de comunicación, no para que la poesía se nos fuera a encerrar en criptas. Y no me vaya usted a suponer, por Dios, ensayando ninguna apología de lo pingosamente descriptivo, o sentimental, o social. No me imagine tan descaecido de mi antigua rebebia que ande ya reclutando sufragios para los sollozos romanticones, los erotismos empalmeños, las maracas tropicales que vienen a ser nuestra pandereta, o las efusiones ideológicas en verso. No es eso. Pero tampoco es lo otro. Tampoco es la dieta onírica a todo pasto, la imagen que se le escapa a uno de la intuición cuando cree que le ha aprehendido su sentido, porque tiene algo de pájaro mecánico, el abigarramiento de las palabras por las palabras mismas, la superposición caótica de planos imaginativos o las violentas asociaciones temáticas, el metafísico gratuito de los símbolos, la desmesura, en fin, de ese supra o infra-realismo que ya no se contenta con calar súbitamente en lo oscuro de la existencia para aflorar de nuevo a la claridad del alma, sino que prefiere quedarse alojado en un nocturno de larvas... Tampoco eso.

Pero ya le digo: es posible que todo esto sea limitación mía. Si así piensa usted, no sabe cuánto le agradecería que nos ilustrase a todos un poco en un lenguaje que podamos entender—y digo esto, con perdón, porque demasiado a menudo ocurre que al tratar de explicarnos estas cosas resulta que la explicación necesita a su vez ser explicada.

Por lo demás, crea que le agradece mucho su amistoso recuerdo y que le admira muy sinceramente, más por lo que le advinamente, por lo que le entiende, su amigo

J. M.